

INTRODUCCIÓN

A lo largo de estas páginas expondremos la comprensión de la vida y del viviente que Tomás de Aquino articula en su obra. Al proceder así no abrigamos grandes pretensiones de originalidad, ese ídolo que parece haber encandilado a una época traspasada de individualismo narcisista, y herida, en la misma proporción, por un anonimato gris y opaco. Como bien lo ha observado Leonardo Polo, el horizonte en el que se mueve el filósofo no es el de la novedad, sino el de la verdad. Con todo, nos gustaría pensar que esta monografía es algo más que una glosa de pasajes puntuales del *Corpus*, o una mera bibliografía anotada. El tópico de la vida y del viviente se encuentra presente en casi todos los trabajos fundamentales de Santo Tomás, pero no fue objeto de un tratado u opúsculo específico. El esfuerzo por compendiar y sistematizar los contenidos de esos diversos *loci*, y sobre todo, por comprender la unidad de la doctrina que en ellos se expone, es ya de por sí un paso significativo con vistas a iluminar ciertas aristas y cuestiones que acaso no han recibido la atención que merecen en la tradición tomista.

En efecto, no son infrecuentes las simplificaciones del pensamiento del Aquinate en relación con esta cuestión. En ellas se suele presentar a nuestro autor como el deudor irrestricto de una comprensión aristotélica de la vida basada exclusivamente en la autonomía operativa. En la primera parte de este texto desmontamos tal prejuicio. Si bien es innegable que Tomás conoce y recoge la poderosa fecundidad de la filosofía del viviente de Aristóteles, no es menos cierto que al ejecutar esa asimilación, integra también la hondura de la tradición neoplatónica, especial-

mente en su vertiente cristiana. El resultado no es un sincretismo, sino una genuina síntesis que supera, en más de un aspecto, las cotas alcanzadas por sus antecesores. En esta resolución del *vivere* en el acto de ser, que mucho tiene de expansión creativa, la idea de ser vivo es depurada de los elementos que le son accesorios, aunque no por eso incompatibles –como el de la corporeidad–, para revelar su auténtica faz ontológica, susceptible de una realización analógica. Siguiendo una trayectoria que responde a la direccionalidad que el Aquinatense denomina como una *via resolutionis secundum rem*, concluimos esta primera parte con un capítulo dedicado al Dios vivo, principio y culminación de toda vida, que más que una refutación, concebimos como un complemento de la idea clásica de la vida divina.

Premunidos de los tributos de ese primer ejercicio, en la segunda parte de este escrito realizamos el recorrido compositivo, opuesto y complementario al antes descrito. Así, y descendiendo por los peldaños de la escala ontológica, examinamos y sistematizamos el pensamiento de Tomás de Aquino, y de los pensadores inscritos en la tradición que lleva a su nombre, en relación con el viviente angélico, humano e infrahumano, para acabar con algunas consideraciones acerca del estatus ontológico del ente inerte. Cuando nos ha parecido oportuno, hemos intentado establecer puentes con algunas problemáticas que, si bien no estaban del todo ausentes en el *Corpus Thomisticum*, no reciben en él, por motivos comprensibles, la atención que se les da en la filosofía y la biología contemporáneas.

A nuestro juicio, nada hay de reprochable en el cometido de dibujar un contexto histórico tan nítido como sea posible para las propuestas que se congregan en torno a las preguntas filosóficas más hondas, si con eso no se acaba por difuminar las preguntas mismas, y las realidades a las que ellas se refieren. En una monografía académica como esta, en particular, el haber prescindido de esta dimensión del asunto habría constituido una falencia grave. Por eso, hemos procurado citar las fuentes que recibe nuestro autor, el lugar que ocupan sus tesis fundamentales en los grandes debates que tuvieron lugar en el convulso siglo XIII, y la recepción de las que ellas han sido objeto en las centurias posteriores. Como en todo trabajo de esta índole –y más tratándose de una tradición tan rica en discusiones internas como lo es la tomista–, en más de una

ocasión hemos debido elegir una vía interpretativa en desmedro de otras, a veces incluso contra la postura defendida por grandes comentadores del pensamiento de Tomás de Aquino. Cuando así ha ocurrido, hemos intentado perfilar con claridad el marco teórico de la controversia, el estado actual de la discusión, y los motivos que nos llevan a abrazar una de las alternativas disponibles.

Una aclaración adicional, referida al nivel epistemológico en el que se instala nuestra investigación, que no es ni el filosófico natural ni el teológico, sino el metafísico. En los tiempos que corren, esta afirmación solicita una justificación aclaratoria, pues incluso dentro de la tradición tomista, no todos entienden del mismo modo el objeto y la especificidad de estas disciplinas. Por cierto, no faltan los autores que conciben todo el dominio de la realidad corporal como el objeto exclusivo de la filosofía de la naturaleza; bajo este esquema, la metafísica versaría acerca de aquello que existe sin materia, y sobre todo, acerca de Dios *sub ratione primi entis*. En las antípodas de dicha perspectiva, hay otra corriente, de no escaso peso en nuestros días, que diluye la filosofía de la naturaleza en la filosofía primera, y acaba por concebir a aquella como una suerte de “ontología del ente móvil”. Un tercer tipo de confusión, bastante más ruda pero sin embargo influyente entre quienes no han emprendido un estudio serio de la doctrina de Tomás, tiende a valorar el conjunto del pensamiento de este autor como un esfuerzo estricta y formalmente teológico, del que la filosofía puede sacar algún provecho conceptual e histórico aislado, y poco más.

Pensamos que ninguna de estas perspectivas responde a las categorías epistemológicas que el mismo Santo Tomás de Aquino dibuja en su *Corpus*, y muy especialmente, en su *Comentario al De Trinitate de Boecio*. Como se explicará con algún detalle en las páginas que siguen, la clave para la distinción de los saberes, según el Angélico, es el modo en que cada uno se separa y abstrae de la materia. La metafísica, en particular, trata de aquellos objetos que no dependen de la materia ni en su ser ni para ser inteligidos. Pero el Aquinate añade una acotación sumamente relevante: en principio, este requisito es cumplido por objetos que pueden existir *con o sin* materia, como la substancia, el acto y la potencia, y también por aquellas realidades, como Dios y las substancias separadas, que son *siempre sin* materia. Como aclara en esa misma obra,

la filosofía primera trata formalmente acerca de los primeros, y si se refiere a las segundas, es solo en tanto que son principio de todo el género de entes que caen en su ámbito de consideración.

Esto es capital para comprender la índole de la metafísica, y su distinción por respecto a la teología y la filosofía de la naturaleza. Lo que aquí entendemos por metafísica es una disciplina filosófica cuyo objeto es el *ens inquantum est ens*. Por estar abierta a la universalidad del ente, esta ciencia se ocupa de todo cuanto existe, pero desde una formalidad específica, esto es, a la luz de la entidad. Por eso, ella puede y debe estudiar la realidad corporal, y la materia misma, como advierte expresamente Santo Tomás, pero desde su propia especificidad epistemológica, esto es, como realización categorial de la potencia (que puede existir con o sin materia). Esto, por supuesto, no agota esa región del ser, ni anula otros discursos filosóficos posibles, como el de la filosofía de la naturaleza, que también considera esa materia, pero en tanto que principio del movimiento. No hay en esta coincidencia temática una mera redundancia, sino la complementariedad de dos miradas que, a pesar de sus diferencias, siguen poseyendo una unidad disciplinaria analógica fundada en su común acento en la entidad. Entidad vista en tanto que tal, en un caso, y en cuanto ella se plasma en un ente al que de suyo le compete la movilidad, en otro. Esto vale también para la vida y el viviente, y esperamos ilustrarlo debidamente en el curso de esta investigación.

Lo dicho alumbraba también la distinción de la metafísica respecto de la teología sagrada. Como decíamos, para el Aquinatense, los objetos por excelencia que caen bajo consideración del metafísico son los que pueden existir con y sin materia, esos que algún autor contemporáneo ha calificado como “neutramente inmateriales”. Si las realidades que son siempre sin ella –las “positivamente inmateriales”– caben también en su indagación, es en tanto que ellas son principio de todo cuanto existe. Pero formalmente, es la teología la que se ocupa de ellos. En otras palabras, el objeto formal de la metafísica no es Dios, como lo quería Averroes, aunque por supuesto esta ciencia deba tratar acerca de Él, en la medida finita y limitada, pero significativa a pesar de todo, en que ello le es posible.

La presencia de esta multiplicidad de discursos en el *Corpus Thomisticum* es visible e innegable. Así como en este elenco vasto y variado

de obras se pueden encontrar grandes síntesis y comentarios teológicos, también se cuentan decenas de opúsculos y comentarios en los que las temáticas tratadas y la *ratio formalis* implementada son las de la filosofía. Ya este solo hecho nos muestra que el esfuerzo por destacar y rescatar la dimensión formalmente filosófica de su pensamiento, tanto en el plano moral como en el especulativo, no entraña ninguna clase de falseamiento ni de descontextualización. Pero además, no debe perderse de vista que Santo Tomás de Aquino se vio en la necesidad de elaborar un instrumental filosófico depurado y apto a su labor teológica, que tiene un valor en sí mismo. Es el gesto distintivo, el sello, si se quiere, de su proyecto intelectual y vital, en el que las más ciertas verdades conquistadas en el plano estrictamente racional son puestas al servicio de la inteligencia de la fe y el dato revelado. Esto no puede pasarse jamás por alto: si se pretende indagar en la filosofía del Aquinate, se debe estudiar también su teología. Omitir este ejercicio, bajo el pretexto de no violentar los límites disciplinarios de ambos saberes, esto sí que entraña falseamiento y descontextualización.

Estas aclaraciones iniciales tienen por fin evitar el escollo de la confusión de planos epistemológicos, pero acaso más seductor en nuestros días es el extremo opuesto de la separación, error contra el que también nos previno Santo Tomás. Por cierto, esta es una investigación filosófica, pero no nos deja indiferentes la idea de que otros, mejor preparados que nosotros, puedan sacar de ella alguna luz para enriquecer la comprensión que la biología tiene de su objeto. Por otra parte, tampoco perdemos la esperanza de que las consideraciones expuestas en estas páginas puedan favorecer y estimular la meditación teológica de las palabras de Aquel que se identificó como el Camino, la Verdad, y la Vida.